

Sol Arguedas

6. Nuestro mundo cambia (hacia la desaparición de los Estados nacionales)

Transformaciones económicas

Todo mundo habla de los grandes cambios que sobrevendrán. Algunos más avisados se refieren a los cambios que se están efectuando. Y los que sí saben lo que dicen basan sus análisis económicos o políticos en los decisivos cambios *ya efectuados* en esta vieja y cambiante organización social y cultural, arbitrariamente llamada civilización occidental, en la cual vivimos y nos afanamos.

Más concretamente, y reduciendo el ámbito geográfico, diríamos que no se debe esperar del señor Carter, recién estrenado presidente de los Estados Unidos, cambios en las relaciones de dicho país con el resto del mundo; por lo contrario, hay que saber reconocer los cambios que trajeron a Carter, sin olvidar que cualquier cambio en el seno del imperialismo se efectúa en provecho suyo y no precisamente en el nuestro.

Mucho se ha comentado el efecto desmoralizante y destructivo que ejercieron sobre la nación vecina su no tan sorprendente derrota en Vietnam y su tampoco inesperado escándalo de Watergate. Realmente han sido tan negativas y tan evidentes las repercusiones de aquellos acontecimientos en la vida norteamericana que se justifica en parte la euforia de tantos ilusos que especulan con "la agonía del imperialismo".

Limitarse a ver los estragos en la superficie de las superestructuras moral y psicológica del imperialismo yanqui es peligroso; resultaría más sensato el estudiar la situación actual de las estructuras económicas del capitalismo mundial, ya que éstas sí constituyen un infalible indicador del estado de salud del sistema global.

Entonces aparecerían aspectos muy interesantes. Por ejemplo, la certeza de que la crisis actual no es sólo una crisis de sobreproducción y de subconsumo, sino una verdadera crisis de estructura, causada por una distinta modalidad en los métodos de explotación y de acumulación capitalista. Transformación semejante a las ya sufridas por el capitalismo para pasar de su estadio primitivo de empresario individual, competencia y libre concurrencia a mercados, al estadio siguiente de grandes empresas y monopolios, o al estadio en que los oligopolios y el comienzo de las empresas transnacionales prepararon el reinado de estas últimas.

El hecho de que cada una de las fases anteriores —menos la penúltima— haya sido superada por la siguiente, mediante el concurso de una guerra

devastadora (primera guerra europea de 1914 y primera guerra mundial de 1939), no implica la aceptación determinista de la inevitabilidad de una segunda guerra en escala mundial. La presencia de un elemento nuevo modifica el curso del proceso histórico de desarrollo capitalista: el poderío técnico, científico y militar del conjunto socialista, obstáculo mayor en la utilización de la guerra como solución definitiva de las crisis, cíclica y estructural a la vez, del capitalismo en nuestros días.

Para explicar el agravamiento de este conflicto, identificado como crisis estructural del capitalismo, se tendrá que echar mano —o pedirlos prestados al análisis marxista— de dos postulados básicos para la comprensión del acontecer histórico. El primero describe el conflicto fundamental del capitalismo como una creciente contradicción entre el carácter cada vez más social de la producción y la apropiación cada vez más privada de la misma, con sus consecuentes estallidos de violencia acumulada.

(Dicho sea de paso, esto explicaría la oportunidad histórica de la aparición de las empresas transnacionales, las cuales están llevando la producción a sus límites máximos de “socialización” e internacionalización, al hacer desaparecer las anteriores fronteras económicas impuestas por las jurisdicciones políticas de los Estados nacionales, y, por otra parte, están cumpliendo muy eficientemente con la ley que rige el desarrollo del sistema, y que se refiere a la creciente acumulación en cada vez menos manos. Vista con objetividad y perspectiva histórica, y sin miedo al escándalo que pudiese suscitar entre más apasionados que racionalistas luchadores antimperialistas, se podría considerar la actual etapa transnacional del capitalismo como una etapa de acercamiento *cuantitativo* hacia el socialismo que, como todos sabemos, es la solución definitiva —el cambio cualitativo— de la contradicción fundamental del capitalismo (contradicción que ya mencionamos), cuando se hayan agotado las soluciones parciales y agravado al máximo su crisis final. Acontecimiento que si no está precisamente a la vuelta de la esquina, como creen quienes toman sus deseos por realidades, tampoco está tan lejano como para no vislumbrar su desenlace, o como para no percibir la aparición de fenómenos precursores.)

El otro postulado básico del análisis científico define como “prerrevolucionaria” una época en la cual las fuerzas productivas han crecido tanto que no pueden ya ser contenidas dentro de los cauces de las relaciones sociales para la producción existente en dicha época. Haciendo a un lado la continua verificación que de dicho postulado ha efectuado la historia, nos situaremos precisamente en nuestra época y en nuestra circunstancia. ¿Qué está sucediendo?

Veamos primero si nuestra época coincide con la definición de “prerrevolucionaria”. Las fuerzas productivas, como es bien sabido, enumeran en un primer lugar los brazos, pero también las inteligencias de los trabajadores en sentido más bien cuantitativo, por lo que en un análisis somero o superficial se identifican —no sin alguna razón— los conceptos “crecimiento de las fuerzas productivas” y “explosión demográfica”. Pero el término “fuerzas productivas” también abarca los hallazgos científicos y los adelantos tecno-

lógicos. De estos dos últimos, para efectos de mi análisis, sólo consideraré aquí aquellos logros científicos y tecnológicos más directamente vinculados a la política mundial, o, dicho de otro modo, con más visibles implicaciones políticas. Por supuesto, los energéticos.

Los embrollos políticos y las especulaciones financieras —para no hablar de los crímenes colectivos e individuales— a que ha llevado la posesión, o la lucha por la posesión del petróleo, más el peligro de agotamiento más o menos próximo de los mantos petrolíferos, ha conducido el mundo a un callejón *con* salida. La salida la han señalado la ciencia y la tecnología mancomunadas al volver posible —teórica y prácticamente— el aprovechamiento de la energía liberada por el núcleo bombardeado de un átomo. Pero no bastaba con haber señalado la salida. Fue necesario aun abrir la puerta. Esto, dicho en lenguaje directo, significaba hacer viable económicamente la gigantesca transformación que para la industria significa un cambio tan radical en los energéticos. Llegados a este punto, sólo me resta recordar las últimas —y aunque no por lógicas menos sorprendentes— revelaciones acerca de la presión ejercida por las grandes empresas petroleras —preponderantemente norteamericanas— sobre los países árabes para aconsejar y finalmente lograr el considerable aumento en los precios del petróleo crudo.

Con esta turbia maniobra —especialmente turbia porque atentaba contra los intereses de las grandes mayorías de su propio pueblo norteamericano— las grandes compañías transnacionales lograron, entre otras cosas, volver costeable la explotación de varios yacimientos dentro del territorio de los Estados Unidos y construir un oleoducto desde Alaska, así como volver costeable también la explotación para Inglaterra del aceite del Mar del Norte, todo en función de la presente demanda, irracional e incontrolable, de una economía basada en el desperdicio y el “desuso”. Pero principalmente la hábil maniobra descrita significó, para las transnacionales más poderosas, una acumulación extraordinaria —ya que ellas son dueñas de casi todos los aspectos del procesamiento del petróleo crudo y de la fabricación y distribución de sus derivados en casi todo el mundo— que les permitiría el financiamiento de la ya empezada conversión de la industria hacia nuevas fuentes de energía. (Como quien dice, se trataba de preparar una prematura entrada en el siglo XXI de los países más industrializados mediante el desarrollo de una sofisticada tecnología nuclear —impredicable por los nuevos horizontes que abre al hombre—, mientras nosotros, los pobres del Tercer Mundo, tendríamos que seguir por algún tiempo quemando y volviendo humo los restos de una riqueza que nos fue robada, saqueada o escamoteada.)

Se cumple entonces la primera parte del postulado teórico que me guía: las fuerzas productivas han crecido inconmensurablemente (explosión demográfica, hallazgos científicos, adelantos tecnológicos). ¿Qué sucede con la segunda parte de aquel postulado teórico?

Hablar de las relaciones sociales establecidas para la producción en nuestra época equivale a hablar del sistema capitalista de producción, con su división de los hombres en una clase social minoritaria, dueña de los medios de producción, y otra clase social mayoritaria obligada a vender o alquilar

su fuerza de trabajo. Que este sistema funcionó bien —desde el punto de vista de su propio desarrollo— a partir de la derrota histórica del feudalismo como anterior y ya obsoleto modo de producción es indudable. De ello dan fe el notable desarrollo técnico-científico y la extraordinaria complejidad social alcanzados por la humanidad en poco más de cinco siglos. Que el sistema ya no funciona igualmente bien, también es indudable. Dan fe de ello varios fracasos: el económico, con la caída de la tasa de ganancias de las empresas, y la inutilidad de las recetas habituales para superar la actual y novedosa crisis del capitalismo (inflación más recesión); el fracaso político, con la derrota de la democracia liberal burguesa —fórmula política propia del periodo ascendente del capitalismo—, y la necesidad de recurrir, en su defecto, a las fórmulas políticas fascistas o neofascistas; el fracaso social, porque está provocando cada vez más graves tensiones —que escapan con mayor frecuencia a los controles tradicionales—, al aumentar progresivamente el número de asalariados (desposeídos) y disminuir en igual forma el número de propietarios (poseedores) de los medios de producción.

Ante el conflicto descrito por el postulado teórico que estoy utilizando, el sistema (el *establishment*) se defiende. Lejos de permitir que la historia transcurra lógicamente, y cambien, por lo tanto, las relaciones de producción hacia nuevas formas más armoniosas con el crecimiento de las fuerzas productivas (que serían unas relaciones socialistas de producción, y significaría el final de las relaciones capitalistas), el sistema (el *establishment*) invierte el proceso histórico e intenta disminuir el crecimiento de las fuerzas productivas. Así se explica el clásico remedio de aumentar el desempleo, frenar las inversiones privadas y disminuir al máximo el gasto público, aconsejado (o impuesto) por el Fondo Monetario Internacional para otorgar créditos a los países desesperados por la crisis económica. Los resultados negativos logrados constituyen el mejor indicador de que esta crisis mundial contiene elementos o ingredientes inéditos en la historia del capitalismo, lo que invalida las recetas utilizadas en las crisis habituales anteriores. También se recurre a las campañas masivas de esterilización forzada o voluntaria de la población, y a otras medidas de control de la natalidad, sin mayor éxito. Y más importante aún, se ha vuelto aparentemente imposible —como ya se dijo— la utilización de la guerra como el remedio definitivamente eficaz, es decir, la muerte física de millones de trabajadores como freno infalible al crecimiento de las fuerzas productivas. En cuanto a los otros componentes de las fuerzas productivas se sabe bien que la industria se ha visto obligada a trabajar sus fábricas, sus talleres y sus máquinas a menos de su capacidad real, y que, por lo tanto, no vería con buenos ojos ningún hallazgo científico, ni su realización tecnológica, que viniesen a agravar la situación al aumentar la productividad del trabajo y la producción.

En este contexto económico mundial se insertan los dramas particulares de los distintos países en la órbita del capitalismo transnacional, a cuyos conflictos pueden aplicarse, con más precisión en países pobres pero muy industrializados como Italia, las leyes que rigen el capitalismo en su fase imperialista; o con menos precisión (a decir verdad con una gran confusión)

en los países subdesarrollados, aun en los más industrializados de entre ellos, como México. La diferencia se explica por la deformante relación neocolonialista que sufrimos con respecto a la metrópoli las naciones dependientes o de economías complementarias, lo que entorpece enormemente la comprensión de nuestro propio drama político particular. Porque resulta útil tener en mente que los conceptos de la teoría clásica fueron sintetizados dentro de la práctica de los países que hoy llamamos desarrollados o altamente industrializados, por lo que al aplicarlos a la realidad de nuestros países superexplotados, llamados eufemísticamente subdesarrollados, deben adecuarse a las circunstancias de éstos. De aquí que los términos "fascismo" o "social democracia", por ejemplo, adquieran una connotación peculiar producto de la historia económica, política y social propia de la América sojuzgada. Por eso es frecuente oír a los especialistas hablar de "formas feudalizantes" en vez de "estructura feudal"; de "capitalismo dependiente" y de "fascismo colonial". (Por ese camino, si no realizamos una auténtica independencia integral, correremos el riesgo de llegar a un socialismo también "dependiente".)

Transformaciones políticas

Si, como ya se ha visto, dentro del sistema capitalista globalmente tomado han crecido las fuerzas productivas hasta el punto en que las relaciones de producción resultan insuficientes para proseguir el proceso histórico del desarrollo, no resta más que afirmar el carácter prerrevolucionario de nuestra época. Con lo cual lo único que se hará es confirmar lo que la práctica cotidiana nos está diciendo por todas partes en el mundo.

A estos fenómenos económicos citados corresponden transformaciones políticas muy acusadas. Se podría aventurar una afirmación: al fuerte capitalismo monopolístico de Estado, que hoy día preside las economías de los países industrializados (tan alejados ya del liberalismo económico de la época heroica del capitalismo), corresponden superestructuras políticas identificadas o proclives hacia la social democracia (la que ha venido a ocupar el lugar dejado por el liberalismo político de la democracia liberal burguesa). Incluso en los Estados Unidos pareciera estar modelándose un tipo o versión muy norteamericana de social democracia, producto de la relativa capacidad de autorregulación del propio sistema frente a la necesidad de aliviar peligrosas tensiones sociales por las crecientes demandas populares, y frente a la necesidad de aligerar presiones económicas de la siempre ávida e insaciable clase social empresarial y propietaria.

Es preciso, pues, analizar el significado de la social democracia en nuestros días, y el porqué de su vigencia u oportunidad histórica. De que la social democracia goza del favor del imperialismo son testigos muy recientes Portugal, Italia y España, en cuyos respectivos asuntos internos intervino descaradamente el imperialismo norteamericano para frustrar el movimiento revolucionario portugués al imponer —con el concurso de toda la Segunda Internacional Socialista— al social demócrata Mario Soares; en Italia para

frenar el arribo al poder de una coalición de izquierda encabezada por el Partido Comunista, y en España para inflar —también con la ayuda de la Segunda Internacional Socialista— al casi social demócrata Felipe González, del Partido Socialista Obrero (PSOE).

Dotados de sentido histórico y de conciencia de clase (de conciencia histórica de clase), lúcidos representantes de la derecha europea, como el príncipe italiano Agnelli, presidente dueño de la FIAT entre otras empresas, o el norteamericano David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank e inspirador de la famosísima Comisión trilateral formada por representantes de la plutocracia de los Estados Unidos, de Europa y de Japón, y lo más parecido hoy a lo que algún escritor de ciencia ficción política prefiguraría como un gobierno mundial, han adoptado actitudes que aunque no coincidan del todo entre sí tienen en común el alejamiento de la línea dura, burda y bastante irracional prevaleciente en el periodo de la guerra fría. Pareciera ser la situación prerrevolucionaria del mundo capitalista la que ha empujado principalmente a esta inteligente derecha a modelar su nueva actitud; pero es preciso señalar también la contribución aportada por una muy considerable parte de la izquierda marxista al cambiar sus tácticas de lucha, y abandonar fortalezas que parecían incommovibles, verdaderas barreras infranqueables, tales como "dictadura del proletariado" e "internacionalismo proletario".

Se ve entonces confluír hacia la fórmula política social demócrata lo mismo a la derecha con conciencia histórica (de la cual están tan alejados ¡ay! *nuestros* primitivos empresarios regiomontanos) como a la izquierda con "responsabilidad histórica". Pero como ninguna de las dos ha renunciado a sus metas: preservar el capitalismo y construir el socialismo, respectivamente, y como la social democracia no puede cumplir simultáneamente con propósitos tan contrarios, cabe esperar que alguna de ambas partes contendientes será traicionada por la social democracia.

Es, éste, uno de los puntos de confusión, de malinterpretación y de controversia, que exigen la máxima claridad en su definición. ¡Social demócrata! le decían con desprecio los ultraizquierdistas chilenos al presidente Allende; ¡social demócrata! le dicen con encono al presidente Carter los más reaccionarios republicanos en su país; ¡social demócrata! le decían con admiración, hasta hace poco, a Olaf Palme en Suecia. A reserva de pedir a mis lectores más exigentes que investiguen por su cuenta el fenómeno social demócrata en nuestros días (o de prometerles escribir posteriormente y con mayor profundidad sobre el tema) creo suficiente para los límites del presente artículo adelantar el siguiente juicio: la social democracia bajo una dirección burguesa no será otra cosa que el balón de oxígeno que prolongue —en su momento y por tiempo indefinido— la vida del capitalismo; en cambio, la social democracia bajo una dirección marxista puede convertirse en una posibilidad de arranque hacia el socialismo. Finalmente, la social democracia (burguesa) es la única alternativa que le resta al capitalismo frente a los horrores del fascismo; la social democracia (marxista) puede ser una alternativa válida de las fuerzas que tienden al socialismo para evitar el pe-

ligro de los desvíos tan conocidos a los que puede llevar una "dictadura del proletariado".

Estamos, pues, en presencia de un fenómeno de gran actualidad: lo que pareciera constituir la derrota tanto de la extrema derecha (clásica o convencional, como se quiera llamarla) como de la ultraizquierda (aunque siguiesen existiendo, por supuesto, cavernarios de un lado e irracionales por el otro).

En el caso de la derecha, no se piense que son sólo consideraciones morales, por la repulsa internacional a las bestias militares y civiles que "defienden la civilización occidental y cristiana" en el cono sur de América, las responsables de la nueva actitud de esa derecha en los más altos niveles de la plutocracia industrial y financiera del mundo. Son más bien los frenos que imponen al desarrollo capitalista la sobreproducción y el subconsumo —con su secuela de inflación y recesión—, es decir, la crisis que sufre en estos momentos, los que obligan al capitalismo a cambiar los métodos de explotación (de apropiación de la plusvalía) y de la acumulación. Cambios en la estructura económica obligan —aunque no en forma simultánea ni en relación necesariamente directa— a cambios en la superestructura política.

Por lo pronto, en los Estados Unidos el viraje pareciera enfilarse —como ya se dijo— hacia la modelación de algún tipo de social democracia, y desde el punto de vista anecdótico se manifestó en la selección de James Carter, escogido en los más influyentes círculos financieros del país y en los más altos círculos políticos del Partido Demócrata y del ¡Partido Republicano!, para efectuar los cambios en la economía interna que saquen el sistema del pantano en que se encuentra y para restablecer la perdida confianza de la gente en "los grandes valores morales norteamericanos" tan deteriorados durante la infeliz guerra de Vietnam, y tan arrastrados en la podredumbre de Watergate. En cuanto a Europa, la reciente flexibilidad de la derecha consiste en aceptar la existencia del "eurocomunismo", para tratar de diluirlo posteriormente dentro de una integración europea supranacional.

Sólo entendiéndolo así puede aceptarse que se diga con tanta ligereza como imprecisión que la derecha europea repudia "la vía chilena" como receta eficaz (porque así como hay una "vía chilena" desde la perspectiva izquierdista como camino hacia el socialismo, también hay una "vía chilena" en los métodos burgueses de lucha contra el socialismo, la cual —ya se sabe— desemboca en el fascismo). No se debe olvidar que fue en Italia en donde primero tomó cuerpo el fascismo, y en España en donde se retiró a lo último, dejando, tanto en ambos países como en Alemania, en Grecia y en Portugal, importantes núcleos que todavía ejercen influencia sobre bastante gente. Ningún país en ninguna parte está a salvo de la fórmula aplicada en Chile por el imperialismo: la desestabilización económica mediante la desarticulación de la economía nacional: producción, distribución, intercambio y consumo; la campaña organizada de rumores y calumnias (también de chistes venenosos) para minar la confianza del pueblo, causar pánicos, provocar el descrédito de líderes o gobernantes y deteriorar al máximo la situación económica y política; finalmente la utilización de los elementos más vilmente ambiciosos, inescrupulosos y retrógrados de las fuerzas armadas.

La experiencia chilena mostró también los conflictos entre la parte más consciente de la derecha (el área liberal de la democracia cristiana) y su parte más cavernaria y rezagada históricamente (el movimiento llamado Patria y Libertad). Quede claro, sin embargo, que si la derecha hoy día estrena ropaje distinto en otras latitudes será, como en el cuento de la Caperucita Roja y el Lobo disfrazado de Abuelita, "...para comerte mejor..."

En el caso de la izquierda, la fuerza creciente y el peso ganado por la izquierda organizada y consciente en todo el mundo (la derrota decisiva del imperialismo en Vietnam, la victoria importantísima de Angola, la fuerza electoral de los partidos de izquierda en Francia y en Italia, los éxitos de Cuba, la acertada aplicación de la "línea de masas" en las batallas políticas en España, el poderío económico y militar de la Unión Soviética y la aceptación casi universal del marxismo como método de investigación científica y como explicación racional de la historia) han arruinado las posiciones de la ultraizquierda que se nutrían, fundamentalmente, de la aparente lentitud de las conquistas revolucionarias. Además las desacertadas conductas de la ultraizquierda, especialmente en Chile, en Uruguay y en Argentina —aunque en general en todas partes—, mostraron a muchísimos de sus propios militantes la involuntaria ayuda que prestaron objetivamente al imperialismo en el despiadado castigo de sus propios pueblos.

Muchas cosas se han ido aclarando sobre la marcha. Dentro de una gran parte de la izquierda marxista se habla, ya sin eufemismos, de la "dictadura del proletariado" como origen de rigideces y dogmatismos ideológicos que impiden la maduración de una nueva democracia socialista. (Entendiendo bien que se trata de la revisión crítica de la *interpretación* que se le ha dado en la práctica socialista conocida, y no de rechazo al principio teórico de "dictadura del proletariado".) También se comenta en voz alta que por "internacionalismo proletario" se había entendido hasta ahora la fuerza hegemónica del Partido Comunista de la URSS sobre los demás partidos comunistas del mundo. Y nos ofrecen, a cambio de aquellos antiguos conceptos, las nociones de "pluralismo socialista" (ojo: no confundir con el pluralismo de la burguesía progresista) dentro de las políticas revolucionarias internas y de "poli-centrismo" en la organización revolucionaria internacional.

Experiencias muy recientes iluminaron la comprensión del largo y complicado proceso que culminó en el aparentemente súbito y espectacular viraje de una considerable parte de la izquierda marxista. Entre estas experiencias, la tragedia chilena (derrota al fin y al cabo, pero gran impulso para el desenvolvimiento teórico y práctico de las luchas revolucionarias en el mundo) ofreció a la izquierda —especialmente a la europea— grandes enseñanzas que, desde entonces, han influido en su conducta política; entre ellas:

a) La viabilidad del camino electoral —como una modalidad entre otras de la vía pacífica— para la llegada al poder de una coalición socialista-comunista;

b) El peligro de contar con sólo una mayoría precaria, cuya vulnerabilidad resulta evidente.

El primer punto, *a*), explica la tenacidad del Partido Comunista Francés en la defensa del *programa común*, base de la alianza socialista-comunista en Francia; el segundo punto, *b*), fundamenta la búsqueda, por parte del Partido Comunista Italiano, del "*compromiso histórico*" con la democracia cristiana en Italia.

Por otra parte, y dando un giro de 180° a mi exposición, diré que la victoria en Angola y la dirección que toman las luchas de liberación en África, han devuelto a la izquierda consciente y organizada —ante los ojos de muchísima gente en el mundo— un elemento del que nunca había prescindido, pero del cual se habían adueñado aparentemente los ultraizquierdistas, convirtiéndolo en su caballito de batalla: la necesidad, en numerosos casos, de la vía armada en las luchas revolucionarias (sobre todo cuando éstas llevan como bandera la independencia política).

América en el contexto mundial

Es lógico esperar que a la modalidad transnacional de acumulación capitalista deba corresponder la formación de algún tipo o modalidad, también transnacional, de control o gobierno político. Para decirlo sin ambages, y yendo directamente al grano, enunció la siguiente hipótesis: en la etapa transnacional de explotación y de acumulación capitalistas se manifiestan tendencias hacia la desaparición de los Estados nacionales, aunque también se manifiestan —dialécticamente— las tendencias contrarias: la aparición o el recrudecimiento de un fuerte nacionalismo o regionalismo en todos los aspectos.

En la vieja Europa, simultáneamente al fortalecimiento de una integración europea supranacional (favorecida por la derecha industrial europea), proliferan numerosos intentos separatistas de muy diversos grupos o nacionalidades; a los tan conocidos separatistas vascos y catalanes, en España, se añaden otros en Bélgica, en Francia, en Italia, en Inglaterra.

En América el fenómeno se presenta más cruel y más complejo. Ha revestido formas burdas y prepotentes como la pretensión —encabezada por el expresidente Gerald Ford— de anexionar totalmente a Puerto Rico y convertirlo en un estado más de la federación norteamericana, liquidando así su condición actual de Estado nacional. El sentido de los esfuerzos actuales —bien vistos por el imperialismo— por integrar los países centroamericanos, no sólo económicamente, en un nuevo mercado común, sino también en lo social y en lo político, es diametralmente opuesto al sentido del antiguo sueño liberal (y "liberador") de Morazán. Se ha visto al imperialismo norteamericano —auxiliado por sus titeres militares y civiles (los "Chicago boys", alumnos chilenos del siniestro economista Milton Friedman)— dismantelar sistemáticamente el sector público de la economía chilena, desnacionalizándola casi totalmente; en plena época de los capitalismo monopolísticos de Estado! Al mismo tiempo, y también sistemática y brutalmente, despolitizan al máximo el pueblo. Con variantes obligadas por las diferencias nacionales se ve al im-

perialismo perseguir metas parecidas en los demás países del cono sur, ya más o menos entregados también en sus manos. ¿A dónde quieren llegar?

De acuerdo con las tendencias que parecen prevalecer en América se podrían sacar algunas conclusiones:

a) *La desnacionalización* de la economía opera aunque no necesariamente se acompañe de *desestatización* de la misma; habrá casos en que la desnacionalización se realice por la conversión del antiguo Estado liberal (y "liberador") en socio actual de las empresas transnacionales;

b) En la medida que se fortalece en la metrópoli el capitalismo monopolístico de Estado, como etapa actual de la estructura económica capitalista, y que se empieza a modelar una fórmula política consecuente, es decir, algún tipo de social democracia norteamericana como compromiso histórico con las demandas populares y las presiones de los círculos financieros, se sigue, en cambio, en la región latinoamericana, la política contraria de desnacionalización de las economías, juntamente con la despolitización profunda, para preparar el camino de una posterior *transnacionalización*, tanto de las estructuras económicas como, posiblemente, de las superestructuras políticas. De cumplirse esta hipótesis no significaría otra cosa que el llevar hasta sus últimas consecuencias el desenvolvimiento lógico de un neocolonialismo practicado desde hace décadas por el imperialismo norteamericano en nuestros países;

c) Dialécticamente aparecen en América Latina las tendencias contrarias al fortalecerse la ahora más agredida que nunca conciencia nacionalista o latinoamericanista, notablemente visible en numerosas manifestaciones culturales como el creciente aprecio por la música autóctona y por el arte popular, el gusto por los tejidos indígenas en la moda, la divulgación de la literatura, especialmente de la poesía, y la abundancia de estudios académicos y técnicos sobre la región, traducidos en políticas económicas, planes de desarrollo autónomo y empresas multinacionales de gobiernos progresistas y nacionalistas en el continente (México, Venezuela, Colombia, Costa Rica y, a veces, todavía Ecuador);

ch) Se intensifica la campaña de agresiones del imperialismo contra estos regímenes nacionalistas. La víctima más reciente ha sido México.